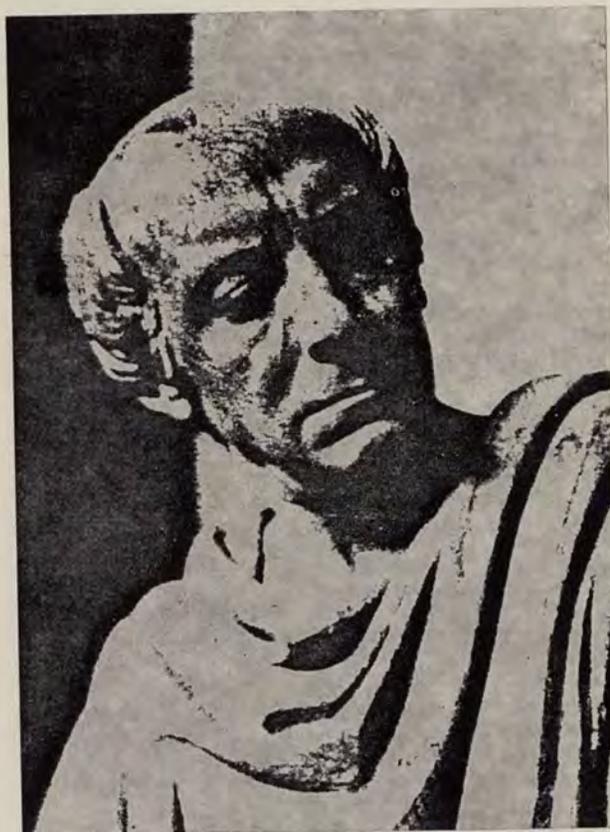


ENRIQUE PEREZ COMENDADOR (1900-1981)

Entre las más encumbradas glorias de la escultura española figurativa (junto al gran decano, el catalán Federico Marés) y perteneciente a la generación de Juan Cristóbal, Rebull, Laviada, Barral y Avalos, figuraba el extremeño de nacimiento (de Hervás) forjado en Sevilla y Madrid, primero; y, luego, durante seis años largos, en Roma, Enrique Pérez Comendador, quien a todos sus lauros en exposiciones y obras encargadas, habría de añadir su estupenda serie de conferencias, y las lecciones de "Modelado y Composición Escultórica" en la Escuela Superior de San Fernando, desde 1940 hasta 1970. Al morir, en Madrid, el día 2 de marzo de 1981, recién cumplidos sus ochenta años, España perdía a uno de sus racionales escultores más importantes, paladín de una de las escuelas figurativas más acendradamente renovadoras de Occidente y con el título innegable de "escultor de la Hispanidad", por la serie de sobrias e impresionantes obras que nos ha legado de Cisneros, Hernán Cortés, Pedro de Valdivia, Núñez de Balboa, Francisco de Pizarro, junto a



Autorretrato de E. Pérez Comendador, como José de Arimatea en el Paso del Entierro de Cristo, del Museo de Santillana del Mar.

las de San Pedro de Alcántara, Fray Juan Ramos de Lara y, sobre todo, la consagrada a Hernando de Soto en su grandioso monumento de La Florida.

Sus contactos con Valencia y Alicante se remontan a los años cincuenta, y pertenecía como académico correspondiente a la Academia San Carlos; como miembro de número a la de San Fernando y a tantas otras Academias nacionales y extranjeras (Roma, París, Lisboa, Chile, Hispanic Society of America...). Lo conocí personalmente con motivo del homenaje al escultor valenciano José Capuz Mamano, al que aportó el máximo entusiasmo en consonancia con su sincera admiración, tratándole en los estudios de aquél, de Lahuerta, del suyo propio en Madrid y en sus paseos por Valencia y los Jardines de Monforte, que le sugirieran tan bellas palabras. Habló en el Ateneo Mercantil sobre la escultura del creador del monumento al Doctor Moliner; en "Conferencia Club" sobre "Martínez Montañés y nuestro tiempo" (1955) y en la Escuela de Artes y Oficios del Grao en torno a su viaje por Egipto, junto a su esposa la pintora francesa Magdalena Le-roux. Juntos, expusieron algunas de sus selectas producciones en la inolvidable sala de arte Mateu. Sentíase feliz y enamorado de Valencia y tuvo como propia la tragedia de la riada de 1957. Pero sería en Alicante donde arraigaría durante los estíos en La Albufereta, y en donde queda obra suya, importante, en los relieves de la fachada de la Caja Provincial de Ahorros. Si en nuestro Museo Provincial nada suyo existe, en particular colección podemos admirar su "Ceres" (barro cocido) y recordando sus personalísimas y latinas obras del Museo de Arte Moderno de Madrid, del de Barcelona, del cacereño y del de la Real Academia de San Fernando, no pudiendo olvidar su famosa "Veneciana" (mortero policromado al fresco), sus femeninos desnudos en mármol, en bronce, en barro cocido; su "Juventud", su "Amanecer" (madera) y retratos suyos tan sobresalientes como el de Vera von Ritchter (madera policromada), el de su esposa, el de Francisco Rodríguez Marín (bronce)... Admirado ha sido también como imaginero, con inspiración andaluza, como prueban su San Sebastián, su Santísimo Cristo de la Buena Muerte, Nuestra Señora del Primer Dolor...

Una de sus últimas obras más celebradas, en Madrid, es el monumento a Ramón Gómez de la Serna.

Sus dibujos escultóricos, desde los años treinta, romanos, son aurora de otros igualmente magníficos que sabía, generoso, regalar a sus admiradores, ya que su fino trato y su innata bondad se extendían, cordiales, a todo el que sabía degustar las artes plásticas. Lafuente Ferrari, en 1947, le consagró un agudo estudio, ya definitivo, al frente de un ilustrado folleto sobre "Esculturas y dibujos" (Ediciones Nueva Epoca, S. A. Madrid), que pudiera, sí, completarse, pero no superarse en profundidad. Al preguntarle en cierta ocasión don Miguel de Unamuno si era escultor o modelador, le contestó: "las dos cosas", definición de toda su estética, tan enraizada en el oficio como en la poética sensibilidad inspirada en el eterno femenino o su braveza epopéyica ante las vidas de Carlos I, el cardenal Cisneros, Pizarro, etc. Pedro Mourlane Michelena escribe así sobre la serie de sus plásticas reinenciones de figuras de héroes de la Espada y la Cruz: "En todas infunde el escultor dignidad, aliento y firmeza, pues

que son gente dura, aparte de ser la sal de su estirpe y la luz de los suyos. Las cuatro virtudes de España han sido: amar, viajar, fundar y renunciar; y nuestro artista da fe, sobre materia resistente, con la que el tiempo no puede." Rubén Darío hubiese exclamado: "Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...", y Ramiro de Maeztu hubiérase sentido feliz en lo más hondo de su hispanismo. En mi pequeño rincón lírico, me conmueve más que todo esa media docena de esculturas femeninas, en toda clase de materias y con las policromías más atra-yentes, que con tanto placer he contemplado, moroso, en su estudio de Madrid, y que ahora, al cabo de tantos años,

rebusco por tantos museos españoles para saludar en ellas la elegancia, el equilibrio, la ponderación, el buen gusto, la serenidad quieta, el orden latino que traspasaba la vida y el arte creacional de aquel fino don Enrique que se nos fue, ya cumplida su permanente obra, sin descendencia humana, pero legándonos los hijos de sus manos, de sus conocimientos estéticos, de sus estados anímicos, siempre humanista y entusiasta de su palentino Victorio Macho, de su valenciano Capuz, de su salmanticense Mateo Hernández...

FERNANDO DICENTA DE VERA

